

Anatomía del amor

Laura



—**A**bre de una vez la maldita carta. ¡No me obligues a ir al aeropuerto y subir a un avión, Laura Elizabeth Collins! ¡Son las cinco de la madrugada y dentro de cuatro horas tengo una sesión de fotos importante!

Arqueo una ceja y esbozo una sonrisa mientras Jess me mira con expectación desde la pantalla en la que tengo abierta la sesión de Skype. Siento mucho haberla despertado, pero tenía que verla y hablar con ella. Necesitaba una dosis de esa confianza despreocupada que Jess siempre consigue transmitirme.

—Vamos, ¿qué te da tanto miedo? —añade, y casi puedo notar los puñetazos que me pegaría en el brazo si la tuviera a mi lado.

—Para serte sincera..., que acabes viniendo a California desde Berlín para darme una patada en el culo.

Mi hermana mayor sonrío, se frota los ojos y suspira con fuerza.

—Venga, hazlo como quien abre una tiritita: cuentas hasta tres y, ¡zas!, abres el sobre. Rápido e indoloro. Estoy segura de que te habrán aceptado.

Me abstengo de comentarle que las tiritas no se abren, sino que se arrancan. En lugar de eso, le doy la vuelta al sobre, lo sostengo entre dos dedos y me pregunto si podré asumir la respuesta que contiene. Determinará en gran parte el rumbo que tomará mi vida, que todavía es incierto, lo cual me parece una locura.

—¿Y qué pasa si pone que no? —pregunto con aire distraído. ¿Qué ocurrirá si no me han aceptado? ¿Si no puedo acceder a la plaza que tanto deseo desde hace años?

—Cariño, eres la tercera de tu promoción y te han aceptado ya en dos de los mejores hospitales del país. Te has esforzado una barbaridad y ha llegado el momento de recoger los frutos de tu trabajo.

Mi mirada vaga hacia las cartas de Filadelfia y Baltimore que tengo sobre la mesita de noche. El hospital Johns Hopkins también me ha enviado una carta de aceptación. Cuando pienso que casi ni me alegré de recibirlas me siento como una mocosa malcriada, porque en realidad debería estar agradecida. He hecho todo lo posible por graduarme en la Facultad de Medicina de la Universidad de Stanford con las mejores notas y por convertirme en una buena médica. He superado todos los obstáculos que se me han presentado a lo largo de los años, no solo durante la carrera, sino también después. He escrito varias cartas de motivación, he pasado procesos de selección y me he esforzado al máximo. Estamos a finales de marzo y ya han llegado las primeras respuestas, entre otras la que tanto esperaba y que no me atrevo a abrir desde hace días.

—Mamá y papá se conocieron en Phoenix, en un congreso de medicina —le explico en voz baja, a pesar de que Jess lo sabe de sobra, y tengo que tragar saliva para proseguir—. No es el hospital, es el lugar. No... no puedo evitarlo, en el fondo tengo la esperanza de que así podré acercarme más a ellos. Aunque por el mismo motivo también temo perderlos de nuevo, si no consigo entrar.

—Lo sé —responde mi hermana, y al oírla me doy cuenta de que no soy la única que tiene un nudo en la garganta.

Al instante me sabe mal haberla llamado a pesar de las nueve horas de diferencia que nos separan. Y no solo por haber interrumpido su sueño, sino también por mantenerla despierta desde San Francisco y recordarle lo que perdimos de forma tan prematura. A quiénes perdimos.

—Por eso me has llamado a mí y no a Logan —añade.

Me limito a asentir muy levemente, pero estoy segura de que lo ha visto de todos modos.

Logan nos quiere y nosotras lo queremos a él, pero nuestro hermano pequeño intenta por todos los medios superar lo que les ocurrió a papá y mamá; hasta el punto de olvidarlo, porque pensar en ellos le resulta demasiado doloroso. Aunque se hizo policía precisamente por nuestros padres, para al menos poder luchar de algún modo contra la úlcera de la injusticia y el odio, sé que no me comprendería. O no querría comprenderme. Y todavía menos estaría dispuesto a admitir lo mucho que se parece a mí.

—Laura, mira hasta dónde has llegado. Ya he aceptado que eres igual que mamá: has estudiado Medicina, quieres dedicar tu vida a eso e incluso te planteas la posi-

bilidad de viajar a Afganistán, a Siria y países en guerra para ayudar a la gente, como hicieron nuestros padres. Sí, ya me he hecho a la idea. Tienes que ser feliz, y yo... estoy orgullosa de ti. Con independencia de lo que diga esa carta —matiza, y respira hondo un momento antes de proseguir con la voz quebrada—: Y mamá y papá también lo estarían.

Levanto la vista y veo como se seca una lágrima rápidamente antes de esbozar una sonrisa.

—Estoy segura de que me matarían por no intentar disuadirte —añade, y me río con ella, notando también como afloran las lágrimas en mis ojos. Por primera vez desde que recibí la carta, no me da miedo abrirla.

Jess se tapa la boca con la mano para bostezar y vuelvo a sentir remordimientos de conciencia.

—Perdona, no quería despertarte y...

—No pasa nada —me interrumpe, llevándose la mano al corazón—. Ojalá pudiera estar a tu lado. Bueno, solo faltan ocho meses para que vuelva a ir.

—Gracias, Jess.

—Qué menos —repone, y me señala el sobre—. Bueno, ¿qué? ¿Lo abres o no?

—Creo que sí. Pero cuando esté en casa de Josh.

—¿Qué? No me hagas eso. No es justo.

—Te escribiré en cuanto sepa el resultado —le prometo, y se me queda mirando con una mezcla de curiosidad e incredulidad, hasta que suspira y se pasa la mano por la larga melena rubia.

Sabe perfectamente que no la he llamado solo porque me comprenda, sino porque la echaba de menos. Porque echo de menos a nuestros padres. Lo cierto es que la he llamado por muchos motivos, pero no por que necesitara su ayuda para abrir la carta.

—Bueno. Pero no te olvides de mí, ¿eh?

—¡Jamás!

—¿Ah, no? ¿Y qué pasó el año pasado, cuando dejaste el piso compartido y alquilaste un apartamento para ti sola en San Francisco? ¿O cuando te dieron los resultados de los exámenes? ¿O cuando empezaste a trabajar dando clases de primeros auxilios? ¿O cuando murió Eddie? —me reprocha mientras cuenta con los dedos todos los casos en los que he tardado en hablarle de lo que me ocurría.

—Ya sabes que no me quedará mucho tiempo en esta ciudad. Si todavía estoy aquí es por Josh. ¡Y el resto de las cosas te las he ido contando a medida que sucedían!

—Sí, bueno, medio siglo después. En el caso del trabajo solo tardaste varias semanas, y nuestra tortuga ya llevaba tres meses bajo tierra cuando me contaste que se había muerto. Se te ocurrió mencionarlo solo porque poco antes de Navidad pregunté por ella.

Hago una mueca.

—Vale, de acuerdo, lo he entendido. Me pondré un recordatorio en el móvil, ¿satisfecha?

Jess me dedica una sonrisa descarada y luego bostezaba de nuevo, esta vez sin tapujos.

—Sí, bastante.

Cumplo mi palabra y me lo anoto en el móvil para que me lo recuerde mañana a primera hora.

—Que descanses, hermanita. Y mucha suerte con la sesión de fotos.

—A ver si puedo dormir una horita más y después no me olvido de la cámara. Espero que al menos los modelos hayan descansado bien.

Mientras me saca la lengua, niego con la cabeza, sonriendo, y cuelgo. La echo mucho de menos y me muero

de ganas de volver a verla de verdad, en carne y hueso, y no a través de una pantalla.

Cuando cierro el portátil, el clic resuena con demasiada fuerza en mi habitación y luego no queda más que ese silencio que a veces me parece agradable, pero otras, excesivo. Demasiado silencio, demasiado ruido, demasiada presión. Como la que siento ahora, cuando no me queda más remedio que prestar atención a todos estos pensamientos que preferiría evitar.

Son las ocho, estoy sentada en mi apartamento y ya llevo puesto el pijama a pesar de que es viernes por la noche. Normalmente no le doy importancia a esa clase de cosas, pero hoy sí. Además, me gusta estar cómoda y tranquila, y durante la carrera no tuve el tiempo necesario para dormir, relajarme y comer bien. Por no hablar ya de dedicar tiempo a la fotografía y a la lectura (me refiero a leer obras de ficción y poesía, no gruesos tomos repletos de información importante sobre el cuerpo humano). En general, la carrera de Medicina ha terminado con mi vida privada, hasta el punto de que me extraña que Josh y yo hayamos conseguido mantener nuestra relación pese a todo.

A Josh lo conocí durante el primer semestre en Stanford, y en el segundo ya empezamos a salir juntos. No tengo ni idea de si las cosas habrían sido más sencillas si él no hubiera cambiado de carrera, pero el caso es que la de Medicina no le gustaba tanto como a mí, y aunque sacaba buenas notas y al principio pensaba que era eso a lo que quería dedicarse, simplemente resultó que no encajaba con lo que tenía en mente. Lo de ser médico tiene poco que ver con horarios fijos, y menos aún con cumplir con el trabajo y punto. Conlleva demasiada dedicación y responsabilidad.

Por eso Josh se pasó a la carrera de Derecho tras el segundo semestre, aunque ahí tampoco duró mucho. Había que estudiar demasiado. Prefirió abandonar Stanford y mudarse a la ciudad para estudiar Economía en la San Francisco State. De hecho, se graduará dentro de unos meses. Él es el motivo por el que justo después de los exámenes finales yo también dejé el campus y me mudé aquí, para poder pasar unos meses cerca de Josh antes de aceptar un trabajo como residente.

Porque no me quedaré aquí, eso lo tengo claro. Siempre he considerado que California no era más que una escala en mi camino, y en ningún momento me he planteado la posibilidad de echar raíces aquí. Josh es consciente de ello, fue una de las primeras cosas que le dejé claras, y siempre me dice que encontraremos la manera de hacer encajar lo nuestro en ese sentido, aunque estoy segura de que todavía no lo ha asumido de verdad.

Josh es incapaz de hacer planes más allá del fin de semana. Aun así, una vez insinuó que me seguiría a cualquier parte. No sé si lo dijo en serio y, en ese caso, si realmente podría pedirle algo así. Sé que le encanta esta ciudad.

Tampoco sé si una relación a distancia solucionaría las cosas. No sé si podría o si me gustaría vivir así.

En cualquier caso, Josh no parece preocupado por eso, por lo que he decidido no darle más vueltas, de momento. Y eso que me cuesta un montón, no paro de preguntarme si es realmente la persona que necesito en mi vida. Lo que ocurre es que forma parte de ella desde hace tanto tiempo que me resulta difícil imaginarme sin él.

Esta noche Josh tiene que estudiar para un examen y le he dicho que no pasa nada, aunque en realidad hace

semanas que no nos vemos. Y no solo porque él haya tenido muchas cosas que hacer, sino también porque últimamente yo he ido bastante a mi aire. Demasiado, tal vez, y con demasiada frecuencia.

Miro de nuevo el sobre que tengo en la mano. Cojo el móvil, que había dejado junto al portátil, sobre la colcha amarilla, y le envío un mensaje a Josh.

Hola, ¿cómo lo llevas? Ya sé que no habíamos quedado hoy, pero he pensado que quizá te apetecería hacer una pausa. Podríamos cenar sushi. No me quedaré mucho rato, es solo que... ha llegado la carta. Hace un par de días, de hecho. Y me gustaría abrirla contigo.

Bastante espontáneo, no está mal. No puedo evitar reírme de mí misma. Lo cierto es que la espontaneidad nunca ha sido mi fuerte, aunque de vez en cuando siento la necesidad de actuar de ese modo. Algunos días parezco una contradicción con patas. Soy como una ecuación que no cuadra, pero sigue teniendo sentido. No soy perfecta, pero tampoco pasa nada.

Mientras espero a que me responda, me levanto de la cama y dejo la carta y el móvil sobre la cómoda del pasillo. Estoy segura de que a Josh no le importará que vaya a verlo. No vive muy lejos, y por el camino puedo comprar la cena que le he propuesto. En Grant Avenue hay uno de los mejores puestos de sushi que conozco.

Así pues, me meto en el baño, me suelto el pelo y empiezo a cepillármelo.

Me contemplo en el espejo redondo que hay sobre el lavamanos de cerámica blanca y muevo la cabeza poco a poco de izquierda a derecha. Con la luz del cuarto de baño, el azul grisáceo de mis ojos parece más oscuro de lo que es realmente, y el pelo rubio y ondulado me llega más allá de los hombros, hasta la clavícula. No estoy acostumbrada a verme así, por lo general me gusta más liso, pero hoy lo he llevado todo el día recogido en una trenza. La imagen que veo en el espejo me recuerda a mamá. Muchísimo, tal vez demasiado, ya que por mucho que la quisiera y por mucho que la eche de menos, sigue siendo algo que no soporto. Al menos la mayoría de las veces. Ni siquiera después de todos estos años.

Trago saliva con dificultad, me recojo el pelo en un moño suelto y me refresco la cara con agua fría. Antes de quitarme el pijama para ponerme algo con lo que pueda salir de casa, le echo un vistazo al móvil. Casi no me queda batería.

—Mierda —murmuro mientras busco el cargador.

Pero si lo vi ayer mismo, lo tenía encima de la cómoda. Sobre el mueble del pasillo reina un verdadero caos; empieza a ser urgente que lo ordene. Es el lugar en el que se acumulan con el tiempo todas esas cosas que dejo tiradas de cualquier manera pensando: «Luego lo pongo en su sitio». Pero ese «luego» se convierte en semanas, hasta que algún día digo: «Vaya, esto sigue aquí», y después llega un momento en el que ya me da igual.

Suelto un gemido de frustración y busco por la cama, por la mesita de noche y por la estantería en la que guardo las cámaras, los libros y las fotografías viejas de la familia. Pero esta zona siempre la tengo perfectamente ordenada, así que un vistazo me basta para darme cuen-

ta de que el cargador no está allí. Por un instante me quedo plantada en el centro del dormitorio, que solo está separado del salón por un pequeño biombo de bambú, y pongo los brazos en jarra. Mientras giro sobre mí misma, peino la estancia con la mirada. La cama con la colcha arrugada, la mesita, la alfombra mullida que tengo delante, el aparador. Joder, incluso me agacho para echar un vistazo debajo de la cama, y eso que allí abajo no he encontrado jamás nada más que pelusas y gomas para el pelo. En el salón tampoco está, y en la cocina solo tengo un montón de platos apilados porque el lavavajillas murió la semana pasada.

No puedo pasarme la noche entera buscando el maldito cargador...

Solo me queda un seis por ciento. Y todavía no he recibido ningún mensaje. Esperaré hasta que la batería del móvil se acabe del todo y luego ya me ocuparé de comprar otro cargador, del sushi y de ir a ver a Josh. Si no tiene tiempo o no le va bien, seguro que me lo dirá sin tapujos, y al menos habré dado un bonito paseo.

Me llevo el teléfono y lo dejo apoyado en el lavabo mientras me aplico crema facial, porque el baño es tan pequeño como una caja de cerillas. Un poco de rímel, una rociada de perfume y ya me siento mejor.

La pantalla se ilumina, lo veo de reajo y alargo la mano enseguida para cogerlo. Demasiado rápido y con demasiada torpeza. El móvil se me resbala de la mano y los intentos desesperados que hago para evitar que se caiga no sirven para nada. Todo lo contrario.

Acaba cayendo.

En el váter.

Oigo un sonoro chapoteo y luego un suave borboteo.

Me quedo boquiabierta, mirando las fauces de mi inodoro con desconcierto.

—No, no, no —empiezo a susurrar, cada vez más desesperada. Hasta que comprendo de verdad lo que ha ocurrido y el pánico me obliga a meter la mano en el agua para recuperar el móvil. Me siento como si le estuviera practicando un tacto rectal a una vaca. No tengo ni idea de cómo debe de ser esa sensación en realidad, seguramente más cálida y estrecha, pero vamos, fijo que igual de asquerosa y húmeda que esta. Como médica, he aprendido a ignorar ciertas sensaciones enseguida. El agua de un váter viejo no me impedirá salvar vidas. En este caso, la de mi móvil, cuya pantalla se apaga justo en el momento en que lo agarro. Casi como si quisiera decirme que he tardado demasiado.

Genial.

—¡Mierda! —exclamo, consciente del doble sentido mientras sostengo en la mano el aparato chorreando.

Presa del pánico, corro hacia la cocina, lo envuelvo en papel absorbente y me lavo las manos a toda velocidad.

—Arroz. Sé que tengo arroz por alguna parte. Pero ¿dónde...? —me pregunto. Como en casa menos de lo que debería, pero siempre tengo algo de arroz por si algún día me apetece—. ¡Vamos! —exclamo mientras abro el armario en el que suelo guardarlo.

Aparto los paquetes de pasta y el azúcar, un par de conservas y ahí está. Aliviada, cojo el último paquete que me queda, vierto el contenido en uno de los pocos cuencos limpios que hay y meto el teléfono dentro. Ya está apagado, solo puedo esperar que el arroz absorba la humedad y que mañana vuelva a funcionar.

Me permito respirar hondo durante unos segundos

y cierro los ojos antes de hundir la cabeza entre las manos.

Menudo día.

Quizá sea una señal. Quizá debería volver a ponerme el pijama y quedarme en casa, sin más.

Unos mechones me caen sobre la cara. Estoy segura de que el moño ha pasado a la historia y de que tengo el rímel corrido por toda la cara, porque sin darme cuenta me he frotado los ojos. Sí, tal vez debería quedarme en casa. Aunque por otro lado realmente necesito comer algo, y prefiero que sea algo bueno...